

ORA CON
NOSOTROS

O
RA
TRANSFIGURAME
SEÑOR
CIÓN



T R A N S F I G Ú R A M E
S E Ñ O R

Dios, luz de luz, tu pusiste orden al caos,
y el alba fue tu primera creatura, ¡y qué bella era!
Por eso el orante canta cada nuevo día
la melodía esplendente de la gloria del Creador:
“Bendice, alma mía, al Señor.
¡Dios mío, qué grande eres!
Te vistes de belleza y majestad,
la luz te envuelve como un manto” (Sal 104,1).
“En Ti está la fuente viva
y tu luz nos hace ver la luz” (Sal 36,10).

La oscuridad se sometía,
como una criatura obediente,
vencida por el resplandor del Dios del Sinaí.
Cuando acosaban las sombras
y fuerzas tenebrosas se cernían sobre el corazón creyente,
se aproximaba la Luz para dominarlas;
ni la muerte, o la injusticia, o el horror o la guerra
arrebataban la esperanza de un nuevo amanecer:
“Ustedes oyeron la voz que salía de la oscuridad” (Dt 5,23).
“El Señor quiere habitar en una densa nube” (1 Re 8,12).

Un día, una voz clamó:
“nos ha visitado el Sol que nace de lo alto,
para iluminar a los que viven en tinieblas
y en sombras de muerte” (Lc 1,79).
Entonces, “la gloria del Señor
los envolvió con su claridad (Lc 2,9).
Incluso un anciano llegó a decir:
“¡Mis ojos han visto a tu Salvador,
luz para alumbrar a todas las naciones
y gloria de mi pueblo, Israel!” (Lc 2,30-32).

- O R A C I O N V O C A C I O N A L -

Palabras insospechadas sonaron con fuerza,
“Yo soy la luz del mundo:
el que me sigue no anda en tinieblas,
sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8,12).
A quienes estas palabras iluminaron la mirada, dijeron:
“¡Hemos visto su gloria!” (Jn 1,14).
Un ciego se atrevió a decirle: “Señor, que vea”.
Y aquel que todo lo baña con el resplandor del amor,
le abrió el corazón a una mira de fe;
y el ciego vio, y todo el pueblo vio con él (cf. Lc 18, 43).

En el monte Tabor, los amigos de la luz
quisieron plantar su tienda junto al Trasfigurado,
pero sus ojos aún no estaban habituados para tanto resplandor:
bajar, entregarse, dar la vida, vivir en obediencia de fe.
Vestidos resplandecientes como la luz,
rostro sereno atravesado por la libertad,
abrieron paso al Dios que habita en una densa nube,
que los envolvió con su luz, en medio de tantas sombras.
Se escuchó entonces una voz cálida que resultaba ya familiar:
“Éste es mi hijo amado: escúchenlo” (Mc 2,13).

Amén

